

Juan RUIZ MANERO: «El pensamiento filosófico y político de Antonio Labriola», Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1983.

Nos hallamos ante el trabajo más extenso y completo, acerca de la obra y el pensamiento de Antonio Labriola realizado en nuestro país. La importancia de este autor en el desarrollo del marxismo italiano ya fue apuntada entre nosotros por Manuel Sacristán en el prólogo a su traducción castellana de *Discorrendo di socialismo e di Filosofia*. Señalaba entonces Sacristán que a pesar de lo laxo del discurso labriolano y de su incapacidad para llevar hasta el final el trabajo del concepto, y a menudo incapaz también de proponérselo, sorprendía la gran influencia de Labriola sobre autores como Gramsci y Korsch, lo que sugería la existencia de elementos valiosos en la obra escrita de este pensador italiano. Si unimos a ello el hecho de que autores no marxistas, como por ejemplo Benedetto Croce (influyente en la filosofía italiana por otros y contrapuestos motivos), también hubieran sido en su juventud discípulos de Antonio Labriola, podemos compartir con más razón la hipótesis de Sacristán.

En cualquier caso, y como anota Ruiz Manero, Labriola está considerado como el introductor del marxismo en el movimiento socialista italiano, lo cual ya justifica suficientemente la elección de este autor como objeto de investigación.

El contenido del libro que comentamos gira fundamentalmente alrededor de tres ejes explicativos. En primer lugar, en torno a la formación y la evolución intelectual del autor estudiado; en segundo lugar, sobre las actitudes y la participación de Antonio Labriola en la vida política de su tiempo; y, por último, acerca de su aportación a los problemas teóricos del marxismo.

La característica principal de la evolución labriolana, según se nos expone en el libro comentado, es haber seguido en cierta manera un itinerario similar al realizado por Marx y Engels, es decir, partir de una formación inicial hegeliana para acabar, por negación de ésta, sustentando una visión histórico-materialista de los problemas sociales. Labriola se inició intelectualmente en el ambiente hegeliano de Nápoles de la mano, sobre todo, de Bertrando Spaventa. El hegelianismo de Spaventa era una interpretación abierta del filósofo alemán, donde la materia se concebía como el único y verdadero «priori» y el espíritu como un momento del desarrollo dialéctico de aquella, una realidad «a posteriori» capaz de entender, conceptualizar e intervenir en el mundo. Se trataba de una asimilación «liberal» de Hegel, pues daba opción a la acción libre del hombre sobre su entorno, aunque al mismo tiempo otorgaba al Estado una función intervencionista intentando superar el abstencionismo estatista propio de la tradición liberal clásica. Se trataba de una superación desde «dentro» de la propia tradición liberal. Por ello Ruiz Manero reafirma la imposibilidad de basarse en Spaventa —como sí lo hizo Gentile posteriormente—, para buscar un antecedente de la teoría del «estado ético» fascista en este profesor napolitano.

La otra gran influencia juvenil de Labriola, destacada por Ruiz Manero, es la de Herbart. Lo característico de éste fue su oposición sistemática,

punto por punto, al sistema hegeliano. Frente al monismo idealista de Hegel, Herbart oponía una pluralidad ontológica basada en la convicción de la inexistencia de un espíritu absoluto conductor y narrador del devenir histórico. Lo que existe es un conjunto de seres simples, propios y específicos, inmutables en sí mismos, pero con capacidad de cambiar su apariencia externa. Las cualidades de esos seres pueden cambiar, pero lo que no cambia nunca es su «ser» auténtico. Acentuaba entonces Herbart el carácter fenoménico y relativo del conocimiento frente al conocer absoluto hegeliano. Ahora bien: para Herbart la experiencia —esto es, la apariencia de los seres— ofrece un mundo contradictorio, mientras que la «realidad» —la identidad imputable de los seres— está por completo exenta de contradicciones. De ahí se sigue que la funcionalidad de la filosofía en el pensamiento herbartiano fuese el hallazgo de conceptos susceptibles de eliminar las contradicciones observadas en la experiencia; su utilidad básica sería el análisis conceptual. Polemizando con Sacristán, que considera la influencia del herbartismo en Labriola como una simple «moda ideológica», Ruiz Manero afirma que el herbartismo de Labriola «Fue, por el contrario, el vehículo quizá más importante en su progresivo alejamiento del hegelianismo, el eje de su producción intelectual durante largos años, y, más allá, una experiencia intelectual que deja sentir fuertemente su influencia en la forma en que el materialismo histórico es comprendido, asumido y explicitado en sus dimensiones filosóficas por Labriola» (pág. 38). Hasta el extremo, según Ruiz Manero, de que aun en su etapa marxista Labriola consideraba la psicología herbartiana como el inicio serio de una psicología científica. También de Herbart toma el concepto de «génesis», que más tarde pondrá en relación con el materialismo histórico, contraponiéndolo a la utilización de la palabra «dialéctica» en esa tradición.

Fruto del influjo de Herbart van a ser, según se nos explica en el libro, varios trabajos de Labriola sobre temática ética y moral («*Della libertà morale*», «*Morale e religione*» y «*Del concetto della libertà*»). Ello implicará una aproximación a los problemas del mundo humano y social, trayendo como consecuencia que a partir de esta etapa (1873-1886) el filósofo italiano intervenga activamente en la vida política de su país, aunque siempre de forma inorgánica y desde una posición bastante académica.

A partir de la exposición de Ruiz Manero, se puede extraer la conclusión de que hubo básicamente tres etapas en la evolución política de Labriola. Una inicial, caracterizada por su encuadramiento en las filas del moderantismo liberal; una segunda, definida por su acercamiento a los sectores radicales burgueses y por sus primeros coqueteos con el socialismo y el movimiento obrero; y una tercera y última, dedicada a la divulgación del pensamiento marxista en las filas del socialismo italiano, así como por la participación en las disputas internas de éste acerca de la formación del partido unificador de todas las tendencias existentes entonces. La más importante de las tres es sin duda la tercera, por la cual ha pasado a ser considerado como un clásico del socialismo en su país. A juicio de Ruiz Manero, la concepción labriolana de las relaciones entre partido y movimiento obrero era anti-leninista «avant la lettre», contrapuesta por igual a la concepción

de Kautsky y a la de la mayoría de los partidos de inspiración marxista predominantes con posterioridad. Para Labriola el intelectual jugaba el papel de «docto de la compañía», de maestro de los trabajadores sobre todo en cuanto a cultura científica se refiere, pero no como el creador y divulgador de la conciencia socialista. La conciencia de clase y los objetivos a perseguir, la adquirirían los propios trabajadores a través de su ubicación objetiva en la pirámide social y de la acumulación de experiencias producto de sus luchas reivindicativas. La organización obrera se debía ir constituyendo, para Labriola, por la acción espontánea de los trabajadores en oposición al capitalismo. Señala Ruiz Manero la contraposición de esta postura a la concepción leniniana del partido formado por revolucionarios «profesionales», incluyendo a los procedentes de la intelectualidad burguesa desclasada portadores de la «ciencia», partido cuya misión es introducir en el seno del movimiento obrero la conciencia revolucionaria, ya que ésta no surge espontáneamente. También señala Ruiz Manero el acercamiento de la concepción de Labriola a la mantenida por Marx sobre el mismo problema. Este paralelismo propuesto en el libro adolece a mi juicio de cierta endeblez tal y como se presenta. El tema de la relación mov. obrero y partido dirigente, y el de la adquisición de la conciencia revolucionaria por los trabajadores, está tratado de forma desigual y dispersa en la obra marxiana. En cambio en el libro se soluciona con tres citas cortas de Marx: una de *La Ideología alemana* (obra de temática bastante ajena a la cuestión referida), otra del *Manifiesto Comunista*, y una tercera extraída de una carta de Marx a Freiligrath en 1860. Sin entrar en la justeza de la conclusión, tal vez hubiera sido necesario para llegar a ella un soporte argumentativo más sólido.

Por otra parte, Labriola participó en la discusión previa a lo que tenía que ser el Congreso de unificación de todos los grupos socialistas italianos, defendiendo frente a Turatti que las tareas primordiales de la actividad política debían ser la consolidación organizativa de los socialistas (excluyendo a radicales burgueses, anarquistas, etc.) y en la misma línea, la educación ideológico-política de los trabajadores mediante periódicos y otros medios publicísticos similares, tomando como ejemplo a la socialdemocracia alemana. Turatti, en cambio, pretendía reunir en el mismo partido a legalitarios, anti-legalitarios, abstencionistas y mazzinianos, lo cual no logró. Acabó formando con sus seguidores un pequeño partido socialista, dando en cierta forma la razón a Labriola.

Sobre la participación y/o apoyo de los socialistas a gobiernos no socialistas, Labriola defendía la participación o el apoyo a gobiernos burgueses, siempre que se hiciese en base a un programa claro y para asegurar las libertades políticas básicas, especialmente aquellas más directamente relacionadas con el avance del movimiento obrero (derecho de huelga, sindicación, manifestación, etc.). Dado que los socialistas italianos no siguieron estas pautas de acción, Labriola los criticó públicamente y se distanció progresivamente del partido socialista italiano.

Ruiz Manero comparte la apreciación de Labriola consistente en considerarse a sí mismo como un francotirador del socialismo italiano, comprometido de forma no orgánica con los avatares del movimiento obrero. Destaca, sin

embargo, su papel de divulgador en la esfera internacional de la realidad del socialismo y del movimiento de la clase obrera italiana, mediante correspondencias epistolares con prohombres de la socialdemocracia internacional —señaladamente Engels—, y mediante crónicas periodísticas para publicaciones socialistas extranjeras.

Ruiz Manero pone de relieve del Labriola marxista, su concepción del materialismo histórico como consciencia racional del socialismo y como teoría explicativa del acontecer social, esto es, como corriente de pensamiento que teniendo como objetivo un determinado ideal de sociedad, había buscado el instrumental teórico para mostrar su posibilidad de realización. En polémica con positivistas y darwinianos sociales, Labriola enfatizaba la discontinuidad existente entre el «terreno natural» y el «terreno histórico», siendo éste último objeto de estudio por parte de las ciencias sociales mediante métodos que no consistían en la mera particularización de las leyes científico-naturales.

En opinión de Ruiz Manero, es particularmente interesante su visión de las relaciones infraestructura-superestructura. Para Labriola el marxismo no es una visión reductivamente económica, sino que contempla las formaciones sociales como estructuras complejas de diversos niveles, ninguno de los cuales constituye la «causa», en sentido estricto, de los demás. Consecuentemente no se puede sustituir el análisis concreto y complejo de un período histórico determinado con afirmaciones genéricas de tipo sociológico. Dicho de otro modo, Labriola no veía estas relaciones como tantos académicos posteriores educados en las vulgatas de la Academia de las ciencias de la U.R.S.S.

En cambio para Ruiz Manero la visión del Estado y del derecho sustentada por Labriola adolece de ciertas carencias, pues considera al Estado como garante de la opresión de unos hombres por otros, y al derecho como la expresión autoritaria de los que han triunfado en la lucha de clases. Frente a ello, Ruiz Manero considera a ambas realidades como «espacios en los que también —y no solamente en los períodos revolucionarios— se desarrolla la lucha de clases» (pág. 257) y que «expresan una determinada correlación de fuerzas entre las diversas clases (dominantes y dominadas) y por ende se expresan también —en grado mayor o menor según dicha correlación de fuerzas, y aun si siempre de forma parcial y subalterna mientras no tiene lugar una mutación radical de las relaciones de fuerza entre las clases— los intereses de las clases dominadas, en la medida en que esta expresión es compartible con el mantenimiento de un sistema global de dominación» (pág. 257). Ruiz Manero trae en su auxilio una nota a pie de página donde se hace referencia al opúsculo de Elías Díaz *Estado de Derecho y Sociedad democrática*, para añadir a continuación que el Estado y el derecho no son sólo instancias de represión, sino también de «amortiguación» de los conflictos de clase. En realidad esa matización, además de contener un eco tardío de la moda poulantziana de análisis del Estado y del derecho, no parece que afecte demasiado al fondo de la apreciación labriolana sobre el tema, pues como afirma el propio Ruiz Manero, lo que prima en última instancia en todo orden jurídico es «el mantenimiento del sistema global de

dominación clasista», y que en épocas de crisis aguda (por ejemplo la actual) la supuesta «amortiguación» no impide la represión más pura y dura, si la perpetuación de la explotación económica así lo requiere.

En el tema de la relación entre marxismo, ciencia y filosofía, Labriola era consciente de las limitaciones del marxismo y rechazaba concebirlo como una «omnisciencia», mantenía la necesidad de atender a conocimiento que se pudiera desprender de las diversas ramas de las ciencias naturales y sociales. Entendía la filosofía como consciencia formal del acto y del procedimiento del conocer y del pensar, en sus relaciones con la praxis empírica, como una reflexión de segundo grado sobre los conceptos, los métodos y sobre las condiciones de pensabilidad. Asimismo reivindicaba la autonomía filosófica del marxismo, frente a los «completadores» de Marx con filósofos de otras tradiciones (por ejemplo, Kant o Comte), insistía en que la doctrina del materialismo histórico lleva en sí misma las condiciones y los modos de su propia filosofía.

Resalta el autor del libro reseñado la especial relevancia que tiene en la concepción de Labriola a designación del marxismo como «filosofía de la praxis», como forma de pensar para la acción y por tanto como forma de actuar también, ya que el pensamiento es uno de los momentos de la experimentación. Esto sería una de las características fundamentales para percibir la autonomía del marxismo.

Un rasgo poco conocido de la vida y la obra de Antonio Labriola es analizado detenidamente en el trabajo comentado: su filocolonialismo. Filocolonialismo arraigado en la creencia de que la generalización planetaria del modo de producción capitalista era el principal factor de aceleración del proyecto socialista. Esta postura contrasta con su anti-economismo radical, característico de su pensamiento que le distancia del marxismo de la 2.^a Internacional. La explicación de esta contradicción, para Ruiz Manero, debe buscarse en la influencia hegeliana recibida por la tradición marxista, en función de la cual, se eleva aquello que se considera «necesidad histórica» a criterio fundamentador de la opción política y moral.

Por último en las postrimerías de su vida, asistió a lo que se vino en llamar la «crisis del marxismo» de fin de siglo. Crisis motivada por los problemas internos de la socialdemocracia alemana —hasta entonces partido-guía del socialismo internacional—, y por la superación de la gran depresión sufrida por las economías europeas desde 1873, hecho que falseaba la tesis economicista mantenida por la 2.^a Internacional, según la cual el capitalismo se dirigía de forma natural hacia el derrumbe general, del que surgiría la nueva sociedad socialista. Inmediatamente florecieron por doquier multitud de enterradores del marxismo, como Sorel, Merlino, Masaryk, Croce, etc., dispuestos a declarar definitivamente inservible todo el marxismo e incluso el ideal comunista. Según Ruiz Manero la superación de la crisis en sentido progresivo (esto es, manteniendo el ideal igualitarista), pasaba para Labriola, por un trabajo de investigación tendente a comprender desde las categorías marxistas, la «novedad real del mundo» de entonces. Se trataba de una actitud lúcida, demostrativa de una correcta comprensión del proyecto mar-